



Con la colaboración
de la UNIVERSIDAD
PONTIFICIA
DE SALAMANCA

SE202104

SUPLEMENTO
Vida Nueva

EDITORIAL



Pasos para superar el miedo

No tenemos que tener miedo de dar espacio a las mujeres, sostiene **Francisco**. Palabras que nos impactan y nos conducen a una reflexión. ¿Ha habido y hay hoy en día miedo a las mujeres en el seno de la Iglesia? Evidentemente **Jesús** no temía a las mujeres. Lo vemos en su propia vida marcada por encuentros con figuras femeninas diferentes entre sí, pero igualmente importantes en la historia de la Salvación. ¿Entonces, qué ha pasado? Podemos decir, sin temor a equivocarnos, que la Iglesia no ha valorado el carisma, la fuerza y ese “genio femenino” reconocido por **Juan Pablo II** en el umbral del año 2000. En siglos lejanos, las brujas, las profetisas, las santas vivientes, las videntes o las místicas eran temidas porque expresaban una religiosidad incontrolada, fuera de cualquier esquema, y podían ejercer, –y ejercieron–, una influencia sobre el pueblo o sobre el sistema político. Los propios claustros eran vistos como peligrosos focos de cultura; y la cultura, ya se sabe, es poder. ¡Pensemos en las poderosas abadesas medievales! Fue la Iglesia en su conjunto, –hombres, mujeres, religiosos y laicos–, la que temió a las mujeres y, al tratar de controlarlas, las marginó. ¿O fue el clero por temor a que el poder masculino de la jerarquía tuviera que repartirse? Aquí se abre una reflexión que se centra en cómo superar el miedo del que habla el Pontífice, un Papa que ha denunciado la escasez de mujeres en altos cargos y puestos de toma de decisión en la Iglesia y que, de forma lenta pero segura, está promoviendo procesos de cambio.

En febrero, los nombramientos de **Catia Summariá**, como Fiscal del Tribunal de Apelación del Estado de la Ciudad del Vaticano, y de **Nathalie Becquart**, como subsecretaria del Sínodo de los Obispos han constituido un paso adelante. En el caso de Becquart, es la primera vez que una mujer tiene la oportunidad de votar. En nuestra opinión, estamos ante un signo tangible de un cambio tras los últimos Sínodos (Jóvenes y Amazonia), durante los cuales numerosos padres sinodales invitaron a reflexionar sobre el papel de la mujer en la Iglesia. Los jóvenes en 2018 se adelantaron a esta realidad con unas palabras casi proféticas: “Y ahora, los padres y madres sinodales pueden volver a casa”.

Nuestras lectoras y lectores conocen a la hermana Becquart, quien escribió en esta revista sobre la importancia de las mujeres a la hora de “reparar” la Iglesia. Mujeres que “tienen que lidiar con el clericalismo y pueden estar expuestas a formas de desigualdad”, (julio de 2019). Mujeres que “se sienten llamadas a no tener miedo de avanzar, atreviéndose incluso a plantear cuestiones como el derecho al voto”, (enero de 2020). ¿Podemos decir que ahora el Sínodo de los Obispos se ha convertido “también” en un espacio de escucha, de reconocimiento, de reciprocidad y de liderazgo para las mujeres en la Iglesia?

DONNE CHIESA MONDO

Suplemento mensual

Consejo de redacción

RITANNA ARMENI
FRANCESCA BUGLIANI KNOX
ELENA BUIA RUTT
YVONNE DOHNA SCHLOBITTEN
CHIARA GIACCARDI
SHAHRZAD HOUSHMAND ZADEH
AMY-JILL LEVINE
MARTA RODRÍGUEZ DÍAZ
GIORGIA SALATIELLO
CAROLA SUSANI
RITA PINCI (coordinadora)

En redacción

GIULIA GALEOTTI
SILVIA GUIDI
VALERIA PENDENZA

Esta edición especial en castellano
(traducción de ÁNGELES
CONDE) se distribuye de forma
conjunta con VIDA NUEVA y
no se venderá por separado

www.osservatoreromano.va

El gran miedo...

... a las mujeres ha marcado las relaciones entre sexos en Occidente, ¿en qué medida también se ha extendido dentro de la Iglesia?

DE ADRIANA VALERIO. Historiadora y teóloga.

Docente de Historia del Cristianismo y de la Iglesia en la Universidad Federico II de Nápoles.

A finales del 1300, un confesor preocupado, Jean le Graveur, se dedicó a transcribir las visiones de Erminia de Reims, una joven viuda considerada loca. Esas ensoñaciones eran la manifestación de una mujer que deseaba dejar las estrecheces del hogar y viajar por el mundo, que esperaba volver a casarse y liberarse del estricto control del confesor para tener un diálogo más libre con Dios. El estudio de ese antiguo manuscrito, que nos llegó con el comentario del historiador André Vauchez, pone de relieve el miedo de los hombres del pasado por cualquier manifestación de autonomía femenina, es decir, la dificultad de aceptar espacios de libertad para las mujeres. Los sueños de Erminia fueron juzgados como resultado de tentaciones demoníacas.

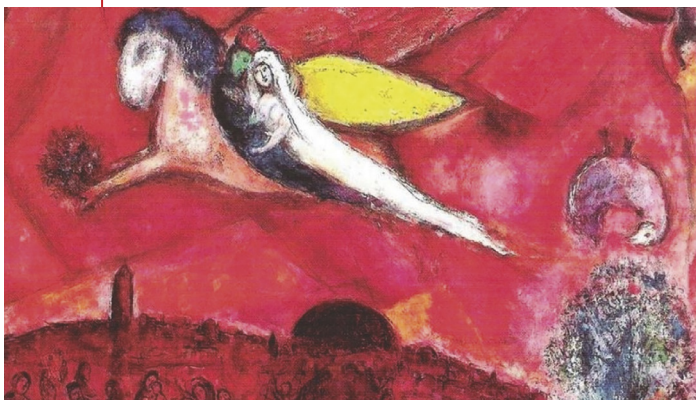
El miedo a las mujeres ha sido, y sigue siendo en muchos contextos, uno de los grandes miedos de Occidente. ¿También en el seno de la Iglesia?, ¿en qué medida?

Ya desde el Concilio Vaticano II, el Magisterio ha mostrado una nueva atención y sensibilidad hacia las mujeres defendidas en su dignidad y valoradas por lo que Juan Pablo II llamó “el genio femenino”. Pero aún queda mucho por hacer para superar las resistencias y los prejuicios. El propio Papa Francisco afirmó recientemente que “debemos avanzar para incorporar a las mujeres a los cargos conciliares, incluso en el gobierno, sin miedo”, indicando, entre líneas, las dificultades que todavía existen para aceptar una participación femenina plena y de responsabilidad en la vida de la Iglesia. El miedo todavía existe. Pero, ¿en qué consiste este miedo a las mujeres? Una mirada al pasado tal vez pueda ayudar a comprender las profundas razones de esta reacción primaria de defensa que los hombres materializan negando o marginando a la mujer. No siempre fue así.

Jesús no tenía miedo de las mujeres. La liberación femenina más radical comenzó con Él. Fue quien entabló

un diálogo empático con las mujeres, escuchándolas y concediéndolas espacios propios. Sus mensajes de salvación iban dirigidos a hombres y mujeres por igual. A todos anunció las exigencias del Reino y a todos pidió que tomaran decisiones radicales. Las mujeres no constituían una categoría separada, marginada o digna de compasión. Junto al Maestro de Galilea compartían la vida, las expectativas y todo tipo de actividades. Por eso los discípulos se sentían confusos al no comprender esta manera madura y equilibrada de relacionarse con el sexo femenino y, sobre todo, les costaba entender la libertad de Jesús por encima de tabúes o impedimentos. De hecho, si en la cultura judía se mantenía bajo control el cuerpo femenino para no contaminar lo sagrado (Números 15,38) y, por tanto, se excluía a las mujeres del culto en virtud de estrictas normas, con Jesús deja de producirse esta exclusión porque nada puede hacer a una persona impura excepto el mal que hace y que proviene de lo más profundo de su corazón desviado (Marcos 7:15). Del mismo modo, se mostró ajeno a cualquier limitación dañina. Hoy lo definiríamos como una persona inclusiva. Bien lo expresa en el diálogo con la mujer samaritana donde explica cómo la presencia de Dios no está ligada a un lugar sagrado (el Templo) y cómo la relación con lo trascendente no es privilegio de una etnia (la judía), de una condición social o religiosa (el ministro del culto) o de un sexo (el masculino). Jesús asegura que cualquiera que sepa acoger “en espíritu y en verdad” (Jn 4,23) esta presencia de Dios puede hacerlo.

Los seguidores de Jesús no se llegaron a acostumbrar a ese comportamiento libre: “se maravillaban de que hablara con una mujer” (Juan 4:27). Sintieron cierto resquemor e incluso envidia por la autoridad de Magdalena (textos gnósticos), y volvieron a proponer una vuelta a los roles tradicionales (“mujeres, estad sujetas a vuestros maridos”) y antiguas estructuras patriarcales (“la mujer que aprenda en silencio, con total sumisión. No permito a la mujer enseñar ni ejercer dominio sobre el hombre”, 1 Timoteo 2,11 -12). Sin embargo, en las comunidades originales encontramos mujeres, como Lidia de Filipos, Tabita, Priscila, Cloe, Ninfa... Mujeres hospitalarias cuyos hogares eran verdaderos lugares de acogida, oración y evangelización; o cristianas comprometidas en el campo de la caridad, del diaconado, de la catequesis, la evangelización, la misión y el apostolado como las mujeres mencionadas con respeto y gratitud por el apóstol Pablo: la diaconisa Febe, las misioneras Priscila, Evodia y Síntique, la apóstol Junia, las evangelizadoras Trifena, Trifosa y Perside y las benefactoras Apfia y Ninfa.

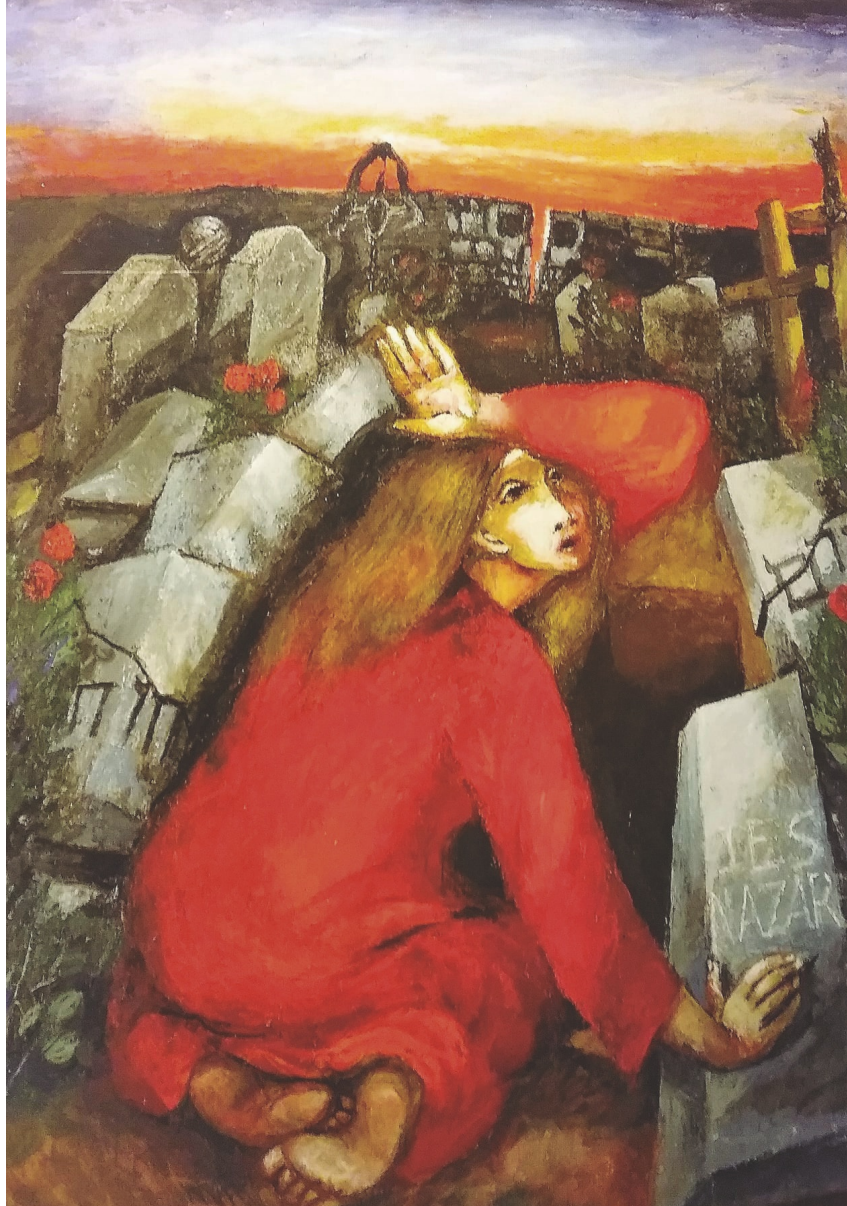


Pero ni esta presencia de mujeres activas y colaboradoras, ni el ejemplo de Jesús fueron suficientes para que la Iglesia naciente fuera inclusiva. Más bien al contrario, abrazó la cultura y estructuras patriarcales dominantes de las sociedades con las que entró en contacto. Magdalena pronto fue olvidada (San Pablo ni siquiera la menciona) y su figura tergiversada (a partir de Gregorio Magno, de discípula pasó a ser una prostituta arrepentida) las diaconisas jugaban un papel cada vez más pequeño, la profecía femenina se sofocó, las casadas volvieron a su papel de esposas sumisas y el cuerpo de la mujer volvió a ser un tabú.

La antigua ginecofobia

Los antiguos autores cristianos compartían sustancialmente la antropología de la cultura grecorromana que colocaba la superioridad del hombre en el centro y reiteraban la imperfección e insuficiencia de la naturaleza de la mujer, nacida para ser sumisa al hombre. Para San Agustín, los dos sexos fueron creados a imagen de Dios en igualdad espiritual sustancial, sin embargo, la subordinación femenina venía determinada por el orden de la Creación. Esta concepción impregnó el cristianismo, fortalecida por el encuentro con la antropología de Aristóteles: el género masculino era un modelo de lo humano y la mujer un hombre fracasado. Esta visión, que fue aceptada e integrada en la filosofía escolástica y, en concreto, en la teología de Tomás de Aquino, constituyó a lo largo de los siglos el fundamento de la incapacidad del género femenino, tanto para detentar el poder como para representar la imagen misma de Dios. El desconocimiento de la fisiología femenina y el miedo a ser contaminados por una persona portadora de impurezas, aumentaron los temores masculinos hacia la sexualidad de la mujer y la alejaron de los lugares sagrados. Recordemos al franciscano Álvaro Pelayo, quien, en *De statu et planctu ecclesiae*, expuso ciento dos razones para demostrar, no solo la inferioridad, sino también la peligrosidad de la mujer, “origen del pecado, arma del diablo, expulsión del paraíso, madre del error, corrupción de la ley antigua”. La obsesión por el cuerpo femenino, deseado y a la vez rechazado, apareció con fuerza en los tratados contra las brujas manifestando un miedo creciente a las mujeres que se convirtieron durante siglos en chivos expiatorios de una antigua y profunda angustia.

Incluso la ley del celibato eclesiástico, que se estableció en el siglo XII durante un proceso de institucionalización de la Iglesia, favoreció inevitablemente la afirmación de una concepción negativa de la mujer, que fue sacada de los lugares sagrados por considerarla impura. La continua transgresión de parte del clero llevó al Concilio de Trento a implementar un enfoque educativo más amplio y apropiado, apuntando, a través de la institución de seminarios, a una formación espiritual y cultural del clero separado del mundo laico. Muestra elocuente de ello fue la pedagogía de Paolo Segneri que identificó el punto máximo de peligro en la mujer al asegurar que el cuerpo era una trampa permanente para la vida virtuosa. De esta forma, la sospecha del pecado pesaba sobre la propia naturaleza de la mujer percibida como



amenazante. Esta visión caracterizará la Iglesia de la Contrarreforma hasta el umbral del Concilio Vaticano II.

La superación del miedo

La devoción mariana ayudó a redescubrir la dignidad de la mujer e inspiró a algunos fundadores, incluido Guillermo da Vercelli, a diseñar una doble comunidad (masculina y femenina) dirigida por una mujer, la abadesa. Este es el caso del monasterio de Goletto y su fascinante historia cuyos vestigios aún son visibles hoy en Irpinia. Pero, más aún, hay ejemplos en la historia de la Iglesia de fecunda amistad entre hombres y mujeres. De lo contrario, no se podría comprender el profundo e intenso entendimiento entre Clara y Francisco de Asís, que proponen y viven una hermandad-sororidad en la que se acoge a todo aquel que quiera seguir al Cristo pobre y que desee establecer relaciones de apoyo mutuo. No se podían entender las muchas experiencias de la vida religiosa, como las nacidas del trabajo conjunto de Francisca de Chantal con Francisco de Sales, de Luisa di Marillac con Vincenzo de 'Paoli, o de Leopoldina Naudet con Gaspare Bertoni. Hoy no podríamos hablar de comunidades innovadoras nacidas de las provocaciones proféticas del espíritu misionero si no hubiera



habido parejas de fundadores como María Mazzarello y Don Bosco, Teresa Grigolini y Daniele Comboni o Teresa Merlo y Giacomo Alberione. Y no entenderíamos las muchas amistades que se nutren de la fe y las pasiones comunes. ¿Cómo no recordar el viaje místico que unió a Adrienne von Speyr con Hans Urs von Balthasar y el activismo cultural de Romana Guarnieri que unió inextricablemente su vida a Don Giuseppe de Luca? Son ejemplos marcados por relaciones intensas de profunda consonancia, de afecto íntimo y sincero y de pudor místico. El amor, al sentirse arraigado en Cristo, se convierte en la superación de los miedos, espacio de libertad y maduración y reformula las relaciones entre mujer y hombre en la dimensión amistosa del apoyo mutuo.

La vuelta a la utopía

¿Todavía tiene sentido hablar hoy de miedo a las mujeres? Ya nadie cree en las brujas que han despertado los temores de la humanidad. Se ha establecido, por fin, una cultura contra la discriminación. El Papa Francisco ha iniciado un proceso fundamental de desclericalización en nuestra Iglesia instando continuamente a la presencia de las mujeres en las estructuras eclesiales. A pesar de los muchos cambios culturales en los que estamos inmersos, estas instituciones siguen resistiéndose a aceptar a las mujeres en puestos de responsabilidad. Probablemente porque no se ha trabajado lo suficiente en la formación del clero que, en ocasiones, como dijo recientemente el cardenal Marc Ouellet, “no tiene una relación equilibrada con las mujeres”, porque no ha sido educado para interactuar con ellas. Se hace necesario un profundo trabajo pedagógico para que los hombres reflexionen sobre sí mismos y su masculinidad, sobre la dificultad que tienen para acoger la diferencia y las fragilidades humanas y sobre la complejidad de expresar sentimientos y proyectos con el otro sexo.

Deben aprender a amar a las mujeres, a reconocer su singularidad y a compartir autoridad y responsabilidad con ellas. Quizás sería oportuno retomar la visión poética y utópica de algunos textos sagrados. En la mítica historia de los orígenes, el encuentro de Adán con Eva no está marcado por el miedo, sino por el asombro ante el descubrimiento de un tú en el que reflejarse. El Cantar de los Cantares se sitúa en el mismo horizonte poético que retoma y exalta la reciprocidad de los sexos en un extraordinario canto de amor donde es la mujer, autónoma y responsable, quien se reconoce en el hombre que, a su vez, halla en ella refugio. En el amor, la lógica de la dominación se desvanece y el miedo no tiene razón de ser.

Menos brujas

Los datos desmienten la leyenda negra sobre la Inquisición

DE RITANNA ARMENI

La bruja!, ¡viene la bruja!, ¡matadla!, ¡a la hoguera!, ¡prepara el fuego!, ¡encended la chimenea!”. “¡Ha llegado la bruja!”, gritaban por las calles y desde los balcones los habitantes de Zardino en la novela de **Sebastiano Vassalli** *La chimera*, cuando pasaba la carroza con la jaula donde portaban a una joven mujer que sería quemada en la hoguera un buen día del siglo XVII. Antonia era una chica normal, cuyo único delito era ser bella e inteligente, y que ingenuamente, demostró algo de inconformismo. Señales suficientes para que el párroco y los habitantes del pueblo la definieran como bruja y la hicieran arder en el fuego.

¿Cuántas Antonias ha habido en la Historia?, ¿cuántas mujeres han sido tildadas de brujas y han sufrido una muerte terrible? En la literatura hay muchos ejemplos de historias dramáticas e impactantes como las contadas por Vassalli, **Manzoni**, **Eco**, **Sciascia**...

Encontramos historias en el cine como la bruja del maravilloso *Dies Irae* de **Theodor Dreyer**. Las brujas son parte del imaginario y de la Historia. Incluso han vuelto a ser noticia. Recientemente, la diócesis católica de Eichstatt en Baviera se ha disculpado por la caza de mujeres inocentes que tuvo lugar en Alemania entre los siglos XV y XVIII. Más de 25.000 personas fueron acusadas de conspiración con el diablo, en su mayoría mujeres. “Una herida sangrienta en la historia de nuestra Iglesia”, lamentó el obispo **Gregor Maria Hanke**.

Sin embargo, los estudios más recientes del Vaticano dan hoy otros números y otros juicios. La comisión histórico-teológica constituida con motivo del Jubileo, cuyos resultados se dieron a conocer en 2004, desmintió con los datos en la mano la “leyenda negra” que planeó durante siglos sobre la Inquisición, el tribunal eclesiástico fundado por **Pablo III**. Solo cuatro años antes, con motivo del Jubileo, **Juan Pablo II** había pedido perdón por los pecados cometidos por la Iglesia, cuando, al mismo tiempo, los expertos daban a conocer que la

obra de la Inquisición no era la que se pensaba y que los números de la caza de brujas tampoco eran los que se habían manejado durante siglos. Es cierto que en esos años hubo decenas de miles de juicios, pero solo el 1,8 por ciento terminó con la hoguera y la tortura no fue tan común. Un ejemplo, de los 125.000 juicios de la Inquisición española solo 59 terminaron siendo sentenciados a la hoguera. La Inquisición portuguesa quemó a 4 personas y la italiana a 36.

En total, las hogueras no fueron más de 100. Las mujeres a las que temía la Iglesia no eran las brujas que fabricaban pocimas mágicas, adoraban a satán u organizaban aquelarres. Tampoco eran mujeres expertas en hierbas y remedios que practicaban la medicina popular y se dedicaban a traer bebés al mundo como parteras. No eran las mujeres a las que temía la Iglesia en los siglos XVI y XVIII.

¿Y entonces?

La lucha contra las brujas, las hogueras, la violencia contra mujeres inocentes, se produjo, sobre todo, en la Edad Media no en los siglos siguientes, los de la Inquisición, que fueron objeto de estudio de la comisión vaticana. El problema es que la documentación sobre la Edad Media es escasa. O quizás los datos aún no se hayan estudiado lo suficiente. Además, son menos claros que los de los siglos posteriores que revelan otros miedos, otras reticencias y otras discriminaciones.

Sobre la verdad de la Inquisición se corrió un tupido velo y, al mismo tiempo, se desveló otra realidad aún más sorprendente, trágica e interesante. **Alejandro Cifres**, director del archivo de la Congregación para la Doctrina de la Fe, describe claramente esta nueva realidad. “En la época moderna, es decir, del siglo XVI al XVIII, las brujas y las hogueras fueron episodios aislados. En ese momento las preocupaciones de la Iglesia eran muy diferentes”. Entre ellas, las mujeres a las que la Iglesia temía y reprimía. La Inquisición era un organismo “racionalista, cauteloso y moderado”, alejado, por tanto, de la



imagen que siempre ha tenido, al que no le preocupaban unas pocas figuras femeninas, sino “la reforma protestante que se iba extendiendo en Europa alcanzando a grandes países”. A lo que se dedicó principalmente fue a luchar contra la herejía. Tuvo especial cuidado en poner coto al fenómeno de la santidad afectada, de los místicos, del poder de los monasterios y de la libertad de expresión de las mujeres considerada casi herética. Por tanto, el tribunal eclesiástico no actuaba contra las ingenuas campesinas expertas en hierbas o de fuerte carácter, sino “contra el carisma femenino que influyó fuertemente en la sociedad, la iglesia y la política”.

El genio femenino se desarrollaba por sí solo y fue lo que la desconfiada Inquisición investigó, condenó y sometió a un estricto control. “No usaría la palabra miedo, —dice Cifres—, sino más bien prepotencia. En aquellos años la Iglesia pensaba que lo controlaba todo, tenía una excesiva confianza en sí misma y desconfiaba de los que tenían el poder. Las mujeres tenían el poder, los conventos lo ejercían, había muchas religiosas y ellas eran las protagonistas. Por eso había que frenarlas”.

El miedo a las mujeres, o la prepotencia de la Iglesia hacia ellas al principio de la era moderna era fuerte y estaba muy extendido. Esos siglos están llenos de protagonistas poco conocidas solo descubiertas hace algunos años. El tribunal eclesiástico las acusó, sobre todo, de ser “falsas santas, mujeres portadoras de profecías y de nuevos valores, porque gozaban de prestigio religioso y político y eran seguidas por las masas”, explica **Gabriella Zarri**, historiadora, autora de la investigación *Le sante*

vive. Encontramos la narración de esas vidas en el texto “Mujer e Inquisición”, volumen editado por **Marina Caffiero** y **Alessia Lirosi**. Son muchas y tienen una mentalidad tan flexible y elástica que “son los mismos archivos de la represión los que también dan testimonio de su libertad. Reflejan la fuerza de la mujer, más que su debilidad”, escribe Marina Caffiero. Se cuentan por cientos las historias que dibujan el panorama general con suficiente claridad. ¿Quiénes son las mujeres que la Inquisición quería controlar y someter? En el siglo XVI eran las santas vivas, “beatas del príncipe” o santas de la corte en el centro-norte de Italia porque otorgaban prestigio a los reinantes gracias a su carisma. De ahí que tuvieran una importante posición en la esfera política e influyeran en las decisiones del poder.

La Contrarreforma se las lleva por delante porque el modelo de las jerarquías eclesiásticas no admite carisma y profecía. Ambas se asocian a la debilidad natural de la mujer y se miran con recelo. El punto de mira se pone en los claustros donde la religiosidad femenina y su transgresión son sometidas a las rígidas reglas que ejercen los confesores. Quieren controlar todo, pero no pueden. Como explica Marina Caffiero, son incapaces, por ejemplo, de supervisar una escritura en la que se ve una fuerte aspiración al prestigio y al poder, así como un modelo de santidad exclusivamente femenino que en el siglo XVII encontró cómo desarrollarse. “El espíritu profético desborda los muros de clausura”, explica la historiadora, y las videntes y profetisas continúan afirmándose “como figuras de veneración local, de peregrinaje

popular y de devoción incluso por parte de los religiosos”. De este modo vuelven a ganar autoridad y poder. Hay historias, aún desconocidas y fascinantes, de nobles y plebeyos que proponen su propia idea de santidad, que afirman dones proféticos y poderes carismáticos.

La Iglesia las temía y quería controlarlas y silenciarlas. Cuando la herejía de Lutero se difunde, son consideradas peligrosas para la jerarquía y usurpadoras del sagrado papel masculino. Menos evidente es la resistencia que persiste a lo largo de los siglos, la obstinación con la que se repite la transgresión de una religiosidad y un carisma femeninos. “A finales del siglo XVII, la profecía es el camino obligado de la expresión religiosa de la mujer, dada su exclusión del sacerdocio y de la palabra pública y oficial”, afirma Caffiero.

También resiste al siglo de la Ilustración, al racionalismo del siglo XVIII que ofrece el escenario para la lucha entre carisma y jerarquía, nuevos protagonistas. Son las convulsiones de las mujeres que, a través del lenguaje corporal, una vez más quieren influir en las elecciones y pretenden guiar la vida y los valores. Son ellas las que intentan frenar la derrota de la Iglesia ante la modernidad. Pero la Iglesia las sigue temiendo porque prefiere aferrarse a una modernidad que la quiere dejar de lado. En el siglo XVIII y XIX seguirán siendo “brujas”. No las quemarán en la hoguera, pero seguirán sin tenerlas en cuenta.

A la luz de la Historia y de estos relatos no es raro preguntarse cuánto de aquello sigue hoy presente y cuánto de ese miedo determina todavía comportamientos y decisiones.



LA HISTORIA

DE MARINELLA PERRONI. Biblista,
Pontificio Ateneo San Anselmo

El nombramiento de la primera vicepresidenta norteamericana de la historia culmina los pasos de Rosa Parks, Ruby Bridges...

De generación en generación: así llegó Kamala a la Casa Blanca

Hay una imagen que se hizo viral después del triunfo en las elecciones de **Joe Biden** y de su vicepresidenta **Kamala Harris**. El pie de foto de esa imagen rezaba: “Rosa se sentó y por eso Ruby ha podido caminar y por eso ahora Kamala puede correr” (**Beth Perry**). En 1955, en Montgomery, Alabama, **Rosa Parks** se negó a ceder su asiento en el autobús a un hombre blanco. En 1960, **Ruby Nell Bridges** se convirtió en la primera niña negra en poner un pie en una escuela solo para blancos en el sur de los Estados Unidos. El juez del distrito federal tuvo que pedir al gobierno que enviara agentes para protegerla, dado que fuera de la escuela a Ruby le esperaba una multitud que le gritaba y le arrojaba objetos. En 2020, **Kamala Harris**, de ascendencia indoamericana y jamaicana, se ha convertido en la primera mujer vicepresidenta de la democracia occidental más poderosa. Igualmente virales fueron las palabras pronunciadas por Harris: “Aunque soy la primera mujer en ocupar este cargo, no seré la última. Pienso en generaciones enteras de mujeres que han abierto el camino para llegar a este momento. Pienso en las mujeres que lucharon y se sacrificaron tanto por la igualdad, la libertad y la justicia para todos, incluidas las mujeres afroamericanas olvidadas, pero que tantas veces han sido la columna vertebral de nuestra democracia”.

Como la foto, estas palabras corresponden a una genealogía. Que Harris las repitiera varias veces hasta la ceremonia de juramento permitió que el mensaje fuera recogido por todo el mundo. Y por eso,

nos llaman a la reflexión en una época que todavía lucha por aceptar la subjetividad de la mujer como una transformación histórica y no como una reivindicación.

Nadie sabe cómo Kamala Harris podrá orientar la política de su país. Pero ese no es el punto aquí. La fuerza de sus palabras radica en que pide a todas las mujeres, de todas las edades, culturas y religiones, que se sientan parte de una cadena formada no solo por quienes las dieron a luz, sino, por quienes con sus aspiraciones y sus luchas las han generado para la vida pública. En un momento en que la política parece bascular entre dictaduras y narcisismos, Harris pide salir de esta alternativa letal que deforma la Historia. Solo cuando se convierte en genealogía, es decir, cuando genera la conciencia de venir de lejos, la Historia de la mujer pasa a formar parte de la “gran Historia”. Le da forma, no la deforma. Por eso, quisiera intentar explicar qué me evoca, esta fuerte llamada a sentirme insertada en una genealogía de mujeres que han hecho Historia, más que padecerla. No podría hacerlo de otro modo que como teóloga.

Una inmensa reserva de oro

Siempre he sufrido por el hecho de que mi Iglesia fuera incapaz de escuchar a generaciones de mujeres que, durante siglo y medio, han dado a luz a un movimiento controvertido y contradictorio, a veces fragmentado, pero decisivo para la Historia humana. Más bien la Iglesia lo ha castigado y ha emprendido la búsqueda de un feminismo católico antes de comprender los elementos más profundos

del feminismo. Ha optado por mujeres de perfil “confiable” con tal de no abrirse al difícil pero fructífero debate cultural sobre problemas puestos sobre la mesa desde distintas disciplinas.

Se ha llevado a cabo un ingente trabajo para presentar a las mujeres creyentes la Historia bíblica y la Historia de la fe como una Historia de mujeres. Para las mujeres creyentes, mirar al pasado es una elección revolucionaria. La Biblia y la gran tradición religiosa judía y cristiana son una inmensa “reserva de oro” de prácticas y palabras, de opciones de vida y lenguajes, de acciones políticas y de experiencias místicas. Será el momento, animado por el debate dentro y entre las Iglesias, de tamizar el oro en el polvo para hallar las “pepitas” que la investigación bíblica, histórica y teológica han extraído de la reserva de oro de la tradición judía y cristiana y que fueron enterradas porque su transmisión fue tachada de “impura”.

Ahora sería necesario un salto decisivo. Ya no podemos conformarnos con contemplar las “pepitas” que la Historia de la fe de las mujeres nos han mostrado a través de los recuerdos. Es el momento en que las mujeres ocupen los espacios públicos a través de un serio debate crítico. Solo así podrán captar su generatividad y finalmente sentirse dentro de una genealogía. **María de Nazaret**, en su canto de alabanza, da gracias al Todopoderoso porque su misericordia se transmite “de generación en generación”. Crítica histórica, encuentro entre generaciones y traspaso de batuta. Por eso, quizás todavía nos falten muchos 8 de marzo.

Con los ojos de Sara

La esposa de Abraham es signo de la esperanza cumplida

DE LAURA INVERNIZZI. Auxiliaria diocesana (Milán), biblista y docente de la Facultad Teológica de Italia Septentrional y la Univ. Católica del Sacro Cuore

Cuando **Abraham** dejó Ur para ir a la tierra de Canaán no estaba solo. A su lado estaba una mujer hermosa de fuera del clan. Desde las páginas bíblicas que nos la presentan, la historia de **Sara** parece reflejarse en las vivencias de muchas mujeres de hoy, historias cuajadas de silencios, pasiones, esperanzas, frustraciones, proyectos y engaños. En el viaje de Sara no hay lugar para el orgullo por haber sido elegida. Introducida en la familia de Abraham, pronto se ve envuelta en un sistema de relaciones opresivas marcadas por el narcisismo de su suegro.

Una muestra de esta situación la encontramos en el mismo nombre que le da la familia. No la llaman "Sara", la "princesa",

sino "Sarai". La "i" final indica el posesivo "mía". Esta señal de posesión le arrebató la dignidad y la capacidad de reaccionar. No solo oprime su existencia como mujer, sino también la de su marido. Sin embargo, éste asume esta forma de relacionarse hasta hacerla suya y reproducirla. Sara la padece hasta que los dolores del alma se manifiestan en el cuerpo y se vuelve estéril.

Es una tragedia. La de Sara es la tragedia de muchas mujeres que en el principio viven tranquilamente, con la esperanza de que lo que intuyen no sea cierto, sin creer que les pueda estar sucediendo. En esa ilusión quizás son capaces de hallar la propia realización en otra parte ante la incompreensión del hombre que camina a su lado y que acaba tratándola como a una hermana. Sara es amada, sí, pero no deseada. Sara, una presencia larga y silenciosa junto a su esposo, sigue su mismo camino acumulando ira y frustración. Sara le permite decidir por ella y sobre ella hasta el punto de que, a cambio de bienes y seguridad, la cede al harén del faraón. Ella no puede más y estalla después de muchos años herida en su dignidad y usada, años en que no se siente mujer. Sin hijos y sin futuro, ¿cómo puede reconstruir su vida? En busca de un responsable a quien culpar por un fracaso demasiado difícil de soportar, Sara acusa a Dios.

La falta se convierte en obsesión. Con una fuerza que nunca antes había mostrado, Sara busca una solución humana a su malestar y empuja a una mujer egipcia, una de sus esclavas, a los brazos de Abraham. De esa manera espera conseguir un hijo en el que hallar su realización como mujer. El intento desesperado socavará en gran medida la unidad de la pareja. La solución, -culturalmente aceptada en la Mesopotamia del segundo milenio antes de Cristo y no muy diferente en esencia a los procedimientos médicos actua-

les-, no funciona. Agar, la egipcia, queda embarazada y quiere quedarse al niño ignorando el acuerdo inicial. La solución ideada para remediar el dolor termina amplificando la agonía. El hijo que nacerá, Ismael, será el hijo de Abraham y Agar, no el de Sara. Al volverse la situación en su contra, Sara desafía a Dios para que sea garante de su derecho a ser madre.

La de Sara no es una oración, sino el producto torpe del odio de quien no se siente considerada por ese Dios de la vida con quien el esposo sí tiene una fuerte intimidad. Sara no hace una invocación, pero es escuchada y se convierte en madre, a pesar de haber alcanzado el límite físico de la vejez y a pesar de haber superado el límite espiritual de quienes han perdido la esperanza y enterrado el deseo. La intervención de Dios para Sara es la curación de las relaciones. Abraham comienza a llamarla por su nombre real y Sara se transforma. Ya no es la mujer odiosa y amargada, enfadada con Dios y con el mundo, que se ve excluida de la vida y lucha por sentirse mujer usando a los demás y creando con sus propias manos las condiciones para su propia infelicidad. Ya ni siquiera es la anciana desilusionada y desencantada que se siente agotada, gastada y abandonada como un vestido viejo y que ríe cuando la palabra de la promesa toca el límite de su fe intangible. La intervención de Dios ha hecho explotar su potencial generativo. Así como su cuerpo se hace capaz de concebir una vida, así su actitud y sus palabras revelan ternura y acogida. Con el nacimiento de Isaac, Abraham y Sara encuentran armonía entre ellos y con el Señor.

Sara, la única mujer bíblica cuya edad se conoce, muere a los ciento veintisiete años, un número que evoca una plenitud sobreabundante. La suya es una vida paradójicamente ordinaria en su naturaleza extraordinaria. Muchas "Saras" de todas las épocas viven largos años en silencio a la sombra de uno o más hombres; se apagan en ambientes que sofocan la individualidad y la libre expresión de la propia identidad; se adaptan y aguantan hasta que llegan al límite y lo somatizan; están dispuestas a hacer cualquier cosa solo para tener un hijo; descubren el potencial de vida en la vejez; y viven la fe como un camino duro con dificultades, incoherencias e inconformismo. A todas ellas Sara les ofrece una esperanza: la visita de Dios se presenta como un camino de autenticidad y plenitud que devuelve la propia identidad y hace desbordar la vida.



“La diplomacia femenina remienda relaciones”

DE ROMILDA FERRAUTO

Es mujer y experta en multilateralismo. **Francesca Di Giovanni** ocupa un cargo destacado en la Secretaría de Estado de la Santa Sede. Desde hace varios meses, su nombre es bien conocido más allá de los muros vaticanos. Subsecretaria del Sector Multilateral de la Sección para las Relaciones con los Estados, es una de las cuatro mujeres que menciona el Papa en su libro, *Soñemos juntos*, cuando explica sus nombramientos femeninos. Francesca Di Giovanni lo vive con gran sencillez: “Mi nombramiento el 15 de enero de 2020 por parte del Santo Padre me sorprendió porque hasta ahora no había habido una subsecretaria en la Secretaría de Estado, mientras que en otros departamentos sí la había. La Secretaría de Estado es una oficina al servicio directo del Santo Padre que se ocupa de cuestiones muy complejas y delicadas. Generalmente, el cargo lo desempeñaba un prelado con un rol diplomático. Sin duda, es algo nuevo, aunque yo he no he dejado de trabajar desde el nombramiento en esta Sección en la que estoy desde hace 27 años. Lo único que ha cambiado es mi papel”.

En su opinión, ¿este nombramiento ha sido un reconocimiento a la aportación profesional de las mujeres en el Vaticano? Se habla de un paso adelante sin precedentes.

Sí, creo que esto es señal de la gran atención del Santo Padre al papel de la mujer en general y, por tanto, de una mayor atención a la contribución que las mujeres pueden hacer también en el Vaticano y otros ámbitos donde opera la Iglesia. Desde hace algún tiempo ya hay mujeres que son delegadas en negociaciones en nombre de la Santa Sede, o que son consultadas por su específica preparación profesional o científica. Claro está que, desde que entré en la Secretaría de Estado, han cambiado muchas cosas y poco a poco la presencia de mujeres se ha vuelto más numerosa.

Cuando se habla de la necesidad de dar más espacio a las mujeres, Francisco asegura que no se trata de una cuestión “funcional”, de cargos. ¿Se entiende lo que quiere decir el Papa?, ¿cómo lo ve usted?

Me parece que su intención no es relegar a la mujer a un papel subordinado, sino

reconocer que hay diferentes tareas en la Iglesia. Cuando se trata de incorporar a las mujeres con la toma de decisiones, no cabe duda. Lógicamente, creo que esta voluntad del Santo Padre requiere de tiempo para materializarse por completo. Asimismo, necesita un mayor conocimiento de aquello que cada uno puede aportar y precisa, por supuesto, de paciencia. Cuando hablamos de trabajo en las instituciones de la Iglesia, y quizás más aún en el Vaticano, no nos referimos solo a competencias profesionales particulares, sino que presuponemos que se conocen y comparten los aspectos doctrinales y éticos de la Iglesia y un deseo y un compromiso concreto de plasmar estos altos principios en “cordial y coral” trabajo diario. Los expertos, teólogos y juristas, como también ha pedido el Santo Padre, estudiarán, -espero que no se demoren demasiado-, los roles que pueden desempeñar las mujeres dentro de las estructuras de la Iglesia. En el fondo, me parece que todos deberíamos preguntarnos por las tareas de responsabilidad dentro de la Iglesia que son siempre tareas de servicio para el Reino de Dios y para los hermanos. Por un lado, queremos evitar el clericalismo y, por otro, no debemos caer en una mala copia de clericalismo en femenino. **¿Podemos decir que “valorar lo femenino es parte de una visión más amplia del pueblo de Dios, donde el centro es el bautismo común”?**

La subsecretaria de Estado de la Santa Sede, Francesca Di Giovanni, cree que la igualdad en la Iglesia “requiere de tiempo y paciencia”

Estamos en este proceso. Todavía quedan muchas riquezas del Concilio Vaticano II que debemos poner en práctica, muchas indicaciones. Creo que una responsabilidad en un sector u otro está más ligada a la tarea por desarrollar que al hecho de ser hombre o mujer.

Usted se ocupa del sector multilateral, una prioridad para la Santa Sede. En este campo, ¿ser mujer es un valor añadido?, ¿existe una forma “femenina” de afrontar las negociaciones, los enfrentamientos o la búsqueda de soluciones?

En primer lugar, hoy se dice que el multilateralismo está en crisis. Incluso la propia funcionalidad del multilateralismo viene cuestionada por las sombras de un mundo cerrado, en nacionalismos e intereses egoístas que han surgido especialmente en los últimos tiempos. Por otro lado, casi todo el mundo es consciente de que el multilateralismo tiene una función esencial. En este contexto, el papel de la Santa Sede es importante dentro de la comunidad de naciones y en los organismos internacionales donde promueve relaciones pacíficas y justas entre los estados, tanto en lo que respecta a las relaciones entre los estados como a otros grandes temas.





Al rescate de los hombres “sentimentales”

DE ROMILDA FERRAUTO

Las mujeres “lúcidas” ayudarán a los “hombres sentimentales” a limpiar las finanzas del Vaticano. Son palabras que han pasado casi desapercibidas. Proviene de una reflexión hecha por un cardenal, y no cualquier cardenal, sino el hombre al que **Francisco** había llamado a Roma para poner orden en las arcas vaticanas. Era el cardenal australiano **George Pell**, ex prefecto de la Secretaría de Economía de 2014 a 2019, definido por la prensa como un conservador, defensor de la línea dura. En un seminario online, el cardenal elogió al Papa por elegir a seis laicas para el Consejo de Economía. Toda una novedad entonces, puesto que ninguna mujer había formado parte de este organismo y la noticia, tuvo un enorme eco mundial. Pell confesó que esperaba que estas mujeres, altamente competentes, nos convencieran “a nosotros, los hombres sentimentales, de actuar juntos y hacer lo que hay que hacer”. En una entrevista ya comentó que “habría sido muy difícil para los malversadores lidiar con estas mujeres”. ¿Nos hemos de extrañar de que un importante prelado diga estas cosas? El mismo Papa insiste en “las capacidades específicas” de las mujeres, en su sensibilidad y en su intuición. “Los hombres muchas veces somos abstractos y queremos cosas inmediatamente”, dijo. Me vienen a la mente las bodas de Caná cuando es María quien nota que pasa algo mucho antes de que se diera cuenta su hijo. Ella demuestra una grandísima fe cuando dice a los sirvientes, “haced lo que Él os diga”. Y en el momento de la Anunciación, María no duda, sino que pregunta “cómo”, cómo superará los obstáculos. Los Evangelios muestran que María actúa con libertad y lucidez. La lucidez es esa capacidad de ver la realidad con claridad, a la luz de la verdad, lejos de razonar a partir de las emociones y bajo el yugo de percepciones erróneas. ¿Tienen las mujeres esta cualidad de nacimiento?, ¿en mayor medida que los hombres? Cada vez emergen más voces dentro de la Iglesia que recuerdan que la comunidad eclesial no puede ser más un mundo solo de hombres.

Respondiendo a su pregunta, aunque no se pueda generalizar, una mujer puede tener ciertas aptitudes para encontrar puntos comunes con el fin de remendar relaciones o, por ejemplo, para intuir caminos de diálogo o para distinguir dónde intervenir y buscar la unidad con la creatividad e ¡incluso con mayor terquedad! *¿Tiene la impresión de que en la Curia romana todavía cuesta que se acepten las ideas de las mujeres?, ¿está cambiando la mentalidad o todavía tardará?*

Creo que la capacidad de quienes en el Vaticano tienen la responsabilidad de escuchar a las mujeres, y no solo a ellas, depende de muchos factores, como la formación de los sacerdotes. En lo que a mí respecta, siempre he encontrado una gran apertura. Puede haber otras experiencias, no lo cuestiono. En estos casos se podrían obtener resultados simplemente con una colaboración abierta y competente.

¿Cuál es su campo de actuación más importante, sus preocupaciones fundamentales en este momento histórico concreto?

Muchos temas que se siguen en el contexto del multilateralismo están realmente vinculados entre sí. Si pensamos, por ejemplo, en la pandemia, también debemos pensar en el aumento de la pobreza o la escasez de alimentos. O, si pensamos en la explotación de materias primas y el medio natural, podemos pensar, al mismo tiempo, en la corrupción o la violación de los derechos humanos. Este año, los Estados se enfrentan a decisiones muy importantes para la supervivencia misma de la vida humana en el planeta debido al cambio climático. En noviembre se celebrará la COP 26 sobre la que la Santa Sede está trabajando de forma rigurosa. Hay cuestiones muy delicadas que deben definirse en cuanto al desarme nuclear. El Papa Francisco, como recuerda en la encíclica *Fratelli Tutti*, ve a la Humanidad como una familia que se protege y se salva si está unida.

La pandemia ha acentuado la violencia contra las mujeres, sobre todo, en el ámbito familiar. ¿Entre sus competencias profesionales está la lucha por la dignidad de las mujeres?

Es un compromiso que hemos asumido con gran determinación con el fin de que se reconozca el pleno respeto a sus derechos y dignidad. Vivimos en una sociedad en la que se pide con razón la igualdad de derechos con los hombres, el acceso al progreso, al conocimiento, al trabajo... pero, por otro lado, se proponen modelos de absoluto desprecio a la dignidad de la mujer. A veces la gente se burla de quienes eligen libremente la maternidad y la familia frente a lo que resultaría atractivo desde el punto de vista profesional. A otras mujeres con capacidad profesional se les impide alcanzar un cierto nivel laboral o una compensación adecuada. Aquí quiero recordar el inmenso y buen trabajo de muchas religiosas en todas partes del mundo para ayudar a las mujeres que son abusadas, esclavizadas o forzadas a prostituirse. Lo hacen muchas veces en silencio y con un gran riesgo personal. Hay que considerar también todo el trabajo que la Iglesia hace por la educación y la formación, herramientas importantes para combatir la violencia y el abuso.

¿Cuál es su esperanza ante la situación actual?

Me gustó mucho la encíclica *Fratelli tutti*. El Papa nos pone ante nosotros una hermosa meta, esta hermandad universal que lógicamente incluye a mujeres y hombres, ¡San Francisco no excluyó a nadie! Es un compromiso que comienza en la vida cotidiana, desde las relaciones que entablamos hasta el compromiso profesional o el compromiso social que adoptamos. Lógicamente, en la situación actual no es fácil, no podemos ser ingenuos, pero tenemos un objetivo y una gran esperanza de la que también somos responsables.

Y tengo fe en que, si cada uno procuramos hacer nuestra pequeña parte y dejamos que Él haga el resto, Dios hará el resto.

*El Génesis
en primera
persona,
relatado
por una
escritora*

DE CAROLA
SUSANI



La voz de Eva

El relato de los orígenes cuenta con la cantidad de oportunidades para la reflexión y la imaginación que solo tienen los mitos. En los últimos años, las teólogas y biblistas van cada vez más a las fuentes para ver lo que el relato nunca ha dejado de contarnos escondido bajo capas superficiales. Siguiendo esta estela, y sirviéndome de la literatura, he tratado de contar los capítulos 2 y 3 del Génesis concediendo la palabra a Eva.

Era totalmente nueva. Y él era tan nuevo como yo, o eso creía él. Estábamos hechos de tierra mezclada con aliento, éramos como bebés, éramos criaturas. Todo era vida, cuatro ríos rodeaban e irrigaban el Edén. Uno era el Pisón que corría por la región de Ávila, donde encontrábamos oro, resina perfumada y piedra de ónix. Otro era el Gihon que fluía alrededor de Etiopía; y, por último, el Tigris y el Éufrates. ¿Yo ya sabía esos nombres o los aprendí más tarde? No recuerdo que él me haya dicho algo como, “bienvenida, naciste de mí mientras

dormía, como de una madre dormida en una cesárea”. No sabíamos nada de ninguna madre, padre, hijo o hija. “Bienvenida, te muestro el agua que humedece la tierra, el jardín, los pájaros del cielo, los animales de la tierra y los peces nadadores de escamas relucientes”. No recuerdo que me los nombrara. No dijo “liebre”, “león”, “lobo” o “serpiente”.

Cuando me encontré tan nueva frente a él, mi compañero cantaba, no me cantaba a mí, cantaba emocionado por mí, cantaba porque yo estaba allí. Cantaba que yo nací de él, y sí, dijo un nombre, un nombre que nos unía. Pero no estábamos unidos, había espacio entre nosotros. No nombró ese espacio entre nosotros, pero el espacio estaba ahí. Ese espacio era una fiesta, era el lugar donde jugábamos, nos tiramos piedras que dibujaban parábolas y terminaban en mi mano o en su mano, esas manos que después se entrelazaban y se soltaban. Ese espacio era hermoso, pero también me suscitaba preguntas. Y él también las tenía.

Mientras tanto, la vida pasaba. Yo miraba, tocaba los árboles y frutos, acariciaba el pelaje de los animales, bebía el agua de mis manos y sentía el frescor en las palmas de mis pies. Me gustaba correr, saltar, sentir el calor acumulándose en mi cuerpo después del esfuerzo, incluso el frescor me gustaba, así como la brisa que me secaba el sudor. A veces descubría a mi compañero mirándome, pero yo no siempre le devolvía la mirada. Lo saludaba y le sonreía. Mi cuerpo y el jardín parecían hechos el uno para el otro. Exultaba de alegría. Con gusto pronunciaba esa palabra, “alegría”. Quizás ya conocía esos nombres, me venían a la mente cuando necesitaba usarlos porque los habíamos inventado, los habíamos gritado cuando él y yo éramos uno, cuando aún no me habían creado de su costado. Era así como sabía qué nombre dar al pinzón, al lobo, a la paloma, a la oruga, al arbusto y a la hierba. A veces jugaba con esos nombres inventando adjetivos. Si estábamos juntos, él y yo, le ayudaba. Si una planta de malva estaba tan lejos del río que le faltaba agua, nos las ingeniábamos para cavar un surco, una pequeña acequia, que trajera algo de agua a esa flor. Colaborar y descubrir así las cosas nos reportaba alegría.

Solo a veces, cuando oscurecía y los árboles dejaban de brillar, me sorprendía temblando. Pero el Creador siempre estaba en mi mente y en mi corazón así que sabía que no estábamos solos, sabía que toda la alegría, la vida, nuestros cuerpos, nosotros mismos, eran un regalo de Aquel que iba y venía al jardín. Cuando oscurecía, aquella pregunta resonaba con más fuerza en mi corazón. Cuánto espacio había entre nosotros y el Creador. Por momentos parecía un espacio inabarcable, pura lejanía. En esos momentos buscaba a mi compañero y juntos gritábamos nuestras preguntas al Creador. Le pedíamos que viniera con nosotros al jardín y lo hacía. Esa fue la infancia feliz del mundo. Sentimos que el espacio se encogía, se hacía pequeño entre nosotros y Él. No puedo olvidar ese espacio que se redujo por nuestra pregunta y Su cercanía. Nuestros ojos brillaban por el asombro y también por el agradecimiento que sentíamos. Y exultábamos de gozo porque Dios estaba allí, en el jardín, con los pájaros nocturnos, los grillos y el rumor del agua ¿Qué podría perturbar ese momento? Celebrábamos esa separación, que permitía la cercanía, con cantos, bailes, devoción y nuestra pregunta.

No fue de noche cuando me habló la serpiente. Fue a plena luz de un caluroso día en el que el aire parecía agua por la humedad. Entonces, cuando los animales nos decían algo, los entendíamos. La serpiente, desnuda y astuta, vino hacia mí. Me pareció normal porque a los habitantes del jardín les gustaban las caricias y disfrutaban de nuestra presencia. Pensé que se me acercaba por eso. Puse la mano sobre su cabeza que estaba fría a pesar del siroco. Y me dijo: “Dios te prohibió comer de los árboles”. Me molestó porque claro que podemos comer de los árboles, de todos menos de uno. No podíamos comer sus frutos, ni tocarlo, le dije. Ingenua de mí que intentaba defender al Creador cuando no lo necesitaba. Yo entendía lo que el Creador nos había explicado. Aunque después de tanto tiempo me había olvidado de algunos detalles. ¿Me lo había dicho mi compañero o

ya sabía esto antes, de cuando él y yo éramos uno? No consideraba aquello como una prohibición, sino como un hecho. Como cuando una madre te dice que no te metas al agua, no saltes al vacío o no ingieras veneno. Sabía que ese árbol, el del bien y el mal, estaba en el centro del jardín. Estaba junto al árbol de la vida. Yo sabía muy bien que no tenía que comer de ese árbol y jamás pensé en hacerlo hasta que la serpiente me lo señaló. Sabía que no moriría por hacerlo y que obtendría el conocimiento de todo. Se me abrieron los ojos como platos, con la pupila dilatada incluso. Esa serpiente me conocía. Seguro que ya me había espiado en el jardín, mientras corría, saltaba o trepaba y sabía que había una pregunta en mí que me acechaba cuando me quedaba sola. Seguro que reconocéis esos momentos que cambian el rumbo de una vida, a los que siempre se vuelve con resignación, sobre los que se piensa, “hubiera sido tan fácil evitarlo”. Para mí fue ese momento. Todavía hoy le doy vueltas, pero ya no me obsesiono pensando en haber actuado de otra forma, imaginando cómo me hubiera alejado de la serpiente, la hubiera despreciado o no hubiera hecho caso. Imaginando cómo hubiera sido todo distinto. Hoy solo me gustaría abrazar a la criatura que fui, abrazarla con cariño. Sí, esa serpiente me conocía.

No me ofreció pertenencias, animales extraordinarios o la dominación mundial; ni siquiera me ofreció la paz o la unidad. Sabía que yo amaba todo, toda la vida y la alegría, hasta el dolor de separación entre nosotros y el Creador... Ya le había dicho que sí. Solo quería saber por qué. Solo necesitaba saber, porque también en mi compañero había intuido esa pregunta en muchos momentos. Así que pensé, “tengo la respuesta al alcance de mi mano”. Por eso, toqué esa fruta y la recogí y la comí sabiendo, en lo más profundo de mi ser, que era una traición a la voz de Dios. Era un fruto sabroso y no me había matado, por ahora. Se lo ofrecí a mi compañero y también lo comió (él también me lo pedía). Y luego sucedió lo que todo el mundo sabe, si antes estábamos protegidos por algo dulce, un amnios, ese aire denso del jardín del Edén, de repente nos reconocimos indefensos. La separación completa se había consumado y habíamos quedado expuestos. La serpiente me había engañado, la pregunta quedó sin respuesta, el espacio se tornó en abismo y el miedo adoptó una forma desconocida.

Pero Dios nos buscó y nos habló. Mi compañero dijo que fui yo quien le entregó la fruta. Le expliqué que la serpiente me había engañado y reconocí que habíamos comido. Conocimos el dolor, el rencor y la vergüenza. Aquí comenzó la historia de nuestro cansancio. Él nos vistió. Yo solo quería llorar porque reconocí en el dolor que incluso Él se preocupaba por nosotros, nos cuidaba. Mi compañero me llamó por el nombre que llevo aún hoy, Eva, vuestra madre. Y nos fuimos. Ahora necesitaba de un compañero ya que me sentía frágil. Para mí era una nueva necesidad. Lo que quería ahora era sanar esa brecha que me separaba de mi compañero, esa fractura en la Creación. Nos empujaba nuestra sed de todo, el cansancio y los embarazos, el dolor y la belleza que parecían no acabar. Y a vosotros, que por mucho tiempo me habéis llamado “la puerta del mal”, me gustaría poder llevaros al Jardín y mostraros la criatura que fui.

En la página anterior, Domenichino, «Reproche de Adán y Eva», 1633 Museo de Grenoble (Wikimedia Commons). Abajo, Masaccio, «Expulsión de Adán y Eva» 1424-1425. Florencia, Santa Maria del Carmine



Cuando las mujeres dirigen las oraciones

La primera rabino de Francia y una joven imán parisina reflexionan sobre los desafíos a los que se enfrentan al guiar el culto en el judaísmo y el islam

DE MARIE CIONZYNSKA

Pauline Bebe explica que creció en una familia judía que vivió la guerra. “Mis padres se sentían profundamente judíos, pero no habían recibido una educación judía. Cuando mi hermano y yo éramos niños, no querían darnos solo la visión negativa del judaísmo, es decir, la del antisemitismo que habían vivido. Encontraron la única sinagoga liberal de entonces, la de la rue Copernic de París, que unía judaísmo y modernidad, espiritualidad y racionalismo. Estudié allí. Me encantaban los textos y la filosofía y quise ser rabino. Me enteré de que había rabinas en Estados Unidos e Inglaterra. Fui a verlas y, después de obtener dos títulos, fui a estudiar al Léo Baeck College de Londres, el único seminario rabínico de la época para estudiantes hombres y mujeres. Como parte de mis estudios, también pasé dos años en Israel”.

“Me convertí al islam hace unos diez años y, después de la conversión, me orienté hacia las asociaciones interreligiosas para no encontrarme en entornos demasiado cerrados, ya que tenía una visión muy progresista. Allí conocí a imanes, teólogos y pensadores y me inscribí en sus cursos. También me volví muy activa en redes sociales donde conocí a otra mujer, Eva Janadin. Al cabo de un tiempo recibimos varias solicitudes para abrir una mezquita en consonancia con nuestras propuestas reformistas. Lo logramos en septiembre de 2019. Antes de que comenzara la crisis sanitaria, celebramos dos encuentros para unas 50 o 70 personas”, cuenta Anne-Sophie Monsinay.

¿Es difícil ser pioneras?

Bebe. Es difícil y al mismo tiempo estimulante. Es una gran oportunidad estar en una posición en la que

puedes ayudar a hacer evolucionar la mentalidad. A veces hay que aguantar y simplemente hacer tu trabajo sin tomarte las hostilidades como ataques personales. La mejor recompensa se da cuando valoran tu esfuerzo.

Monsinay. Sí, es inevitablemente difícil, porque hay que empezar de cero. Se ha puesto en cuestión nuestra legitimidad, porque además de mujeres somos conversas y jóvenes... Es inevitable tener que responder ante la confusión de algunos. Otra cuestión es la de la formación. Cuando eres pionero, tienes que crearlo todo desde cero. Nos gustaría que hubiera una formación completa, pero no existe por lo que tenemos que hacerlo de otra forma. Nos decimos a nosotras mismas que trabajamos para las generaciones futuras.

¿El rabinato y el imanato femenino son ideas reformadoras o se enmarcan en una tradición?

Bebe. Siendo sincera, antes de los movimientos por la igualdad entre hombres y mujeres, la cuestión no se planteaba en estos términos. Por el contrario, la ley judía ha abordado de muchas formas lo que las mujeres tienen derecho a hacer o lo que les está prohibido. Y lo interesante es que los sabios y los que deciden no son todos de la misma opinión. La mayoría de los actos de un rabino, que es principalmente un maestro, están permitidos a las mujeres. El problema es la guía del culto público, el puesto de juez o de testigo... pero tenemos el ejemplo de Débora en la Biblia para reivindicar que es posible. Las actitudes cambian con las edades y las circunstancias. Por lo que se podría decir que es algo innovador y a la vez enmarcado en la tradición

Monsinay. Al contrario de lo que se podría imaginar, no se trata de un concepto ultra reformador. En el Corán, el término “imán” se utiliza para designar a los profetas y guías. Además del Corán, existe la tradición profética. Una de estas tradiciones dice que el Profeta llamó a una mujer para que dirigiera la oración junto a un muecín. ¡Y esto en el siglo VII, una época en la que las mujeres no tenían los mismos derechos que los hombres! Después, hubo debates teológicos, y entre los siglos IX y XIII, algunos incluso hablaron a favor, pero con el tiempo esas voces se fueron apagando. Las mujeres imanes siempre han existido en círculos privados o semiprivados. Las maestras espirituales siempre han existido en el sufismo, aunque las corrientes más conservadoras se opusieran a ellas.

¿El papel de las mujeres en los espacios de oración es una cuestión tabú?

Monsinay. En la época del Profeta, las mujeres se ponían detrás de los hombres, después se colocaron

Anne-Sophie Monsinay

Treinta años y convertida al islam hace diez, es imán en Ile-de-France. Con Eva Janadin, de 31 años, fundó la asociación V.I.E (Les Voix d'un islam éclairé), un movimiento por un islam espiritual y progresista. Son las dos primeras imanes de Francia. Llevan más de un año dirigiendo juntas la oración musulmana para hombres y mujeres una o dos veces al mes.



cortinas de separación, luego paredes... A veces rezaban en una habitación contigua. Las mujeres fueron excluidas progresivamente del espacio de culto. Dirigir la oración es un problema por la cuestión del cuerpo. Una mujer imán frente a una asamblea de mujeres no es un problema. Una mujer en una asamblea mixta se convierte en un problema. Si se acepta a regañadientes que una mujer predique frente a un hombre se debe por el miedo al deseo que pueda despertar un cuerpo femenino. Esto revela una mirada errónea sobre la mujer y también un problema de los hombres, porque significa que son incapaces de controlar sus impulsos.

Bebe. Si estudias la Biblia y la Historia, te das cuenta de que las mujeres tenían libre acceso al templo y podían hacer sacrificios. Entre la época bíblica y la talmúdica se ha excluido cada vez más a las mujeres. En las sinagogas tradicionalistas, los hombres y las mujeres están separados, pero no en las sinagogas liberales. El origen de la separación es interesante porque en la época del Templo era temporal y revocable, mientras que luego se hizo permanente. La separación se debe a la exclusión general de la mujer de la esfera pública. Deriva de una visión patriarcal de lo que una mujer puede representar a los ojos de los hombres. Incluso para Platón la mujer pertenecía al mundo material y el hombre al mundo espiritual. Es hora de revisar estas nociones y permitir a las mujeres el libre acceso al mundo religioso.

En cuanto a la presencia de la mujer en el mundo religioso en un sentido amplio, ¿es algo que da miedo afrontar?

Bebe. Por desgracia, muchas veces es una cuestión de poder y conocimiento. Estamos donde nos dejan. El filósofo Emmanuel Lévinas decía que el "después de ella" debe ser la expresión más hermosa de nuestra civilización. Prefiero considerarlo como el lugar de una expresión espiritual.

Las mujeres, como los hombres, tienen una dimensión espiritual. No creo que el cuerpo sexuado nos



Pauline Bebe

Es la rabino de la Communauté Juive Libérale, una congregación judía progresista de París. Bebe es la primera mujer en convertirse en rabino en Francia. Comenzó sus estudios en el Leo Baeck College de Londres y completó su curso de hebreo en el Hebrew Union College de Jerusalén. Fue ordenada rabino en 1990 con 25 años.

impida ser un guía espiritual para el otro. Los sexos se complementan y conviene recordar que en el Génesis todos fuimos creados a imagen de Dios.

Monsinay. El imán se considera que está "al servicio" de la comunidad, y esto se aplica tanto a mujeres como a hombres. Incluso en círculos conservadores hay teólogas y maestras que instruyen a los niños y a otras mujeres. En cuanto a las instancias religiosas, están compuestas principalmente por hombres, las mujeres son una minoría. Pero personalmente, a mí no me da miedo lo que hago. Muchos hombres están trabajando en algunas reformas teológicas. Por otro lado, creo que no hay un enfoque femenino del islam que pueda considerarse más progresista, porque hay mujeres que son hasta más conservadoras que algunos hombres.

Jesús no las temía

de GIORGIA SALATIELLO

REFLEXIÓN

¡Jesús no tenía miedo de las mujeres! Varios pasajes de los Evangelios refrendan esta afirmación y, para muestra, tres botones. El encuentro con la hemorroísa, una mujer considerada impura que toca su manto rompiendo un tabú religioso y social. La unción de Betania, cuando una mujer lava sus pies con perfume, los besa y los seca con su cabello para escándalo de los presentes. Por último, y el pasaje más importante, la aparición del Resucitado a María Magdalena, la mujer elegida como primera testigo y heralda de la resurrección.

¿Y después?, ¿qué ha pasado en dos mil años de cristianismo?, ¿sigue siendo el Evangelio una buena noticia también para las mujeres, o son temidas en la Iglesia y, por tanto, marginadas? No podemos hablar de una historia lineal y unívoca, sino de una sucesión de altibajos que van desde el mayor menosprecio y marginación hasta una inconmensurable idealización de un femenino en el que, sin embargo, las mujeres no pueden reconocerse. Encontramos brujas y encontramos santas (siempre pocas en comparación con los

santos), pero, en cualquier caso, demasiadas veces es complicado establecer una relación igualitaria de intercambio mutuo y la subordinación revela en el fondo el miedo hacia unas mujeres con las que no se sabe cómo relacionarse. ¿Y hoy? El miedo a las mujeres en la Iglesia no ha desaparecido, pero no es un fenómeno aislado, la otra cara de ese clericalismo tantas veces denunciado por el Papa Francisco. Por tanto, no se puede eliminar solo, sino que su eliminación ha de ser parte de un replanteamiento más

amplio de las relaciones intraeclesiales y del significado del ministerio ordenado, que es servicio y no poder. Mantener a las mujeres a distancia supone no conocerlas y, por tanto, conferirles una suerte de halo de misterio que inspira miedo. El remedio a esta situación solo puede encontrarse en emprender con determinación ese camino de sinodalidad en el que mujeres y hombres caminarán juntos hacia un objetivo común: el de una comunión real de todos los bautizados, llenos de la misma gracia y poseedores de la misma dignidad.

La herencia de Marianella

Contar la historia de **Marianella García Villas** no solo significa sacar del olvido la vida y la muerte de una joven fuerte y valiente, sino celebrar su memoria, es una suerte de liturgia pascual con las dos especies: el pan partido de su vida con los pobres y la sangre derramada por las mujeres y los hombres oprimidos.

Hace treinta y ocho años los militares de su país la capturaron y torturaron durante horas. Su cuerpo fue encontrado el 13 de marzo de 1983.

Marianella nació en 1948 en una familia de clase media alta salvadoreña, de madre salvadoreña y padre español. Estudió en Barcelona en el rico y prestigioso colegio religioso de las Teresianas donde las hermanas, además de montar a caballo y tocar el violín, ofrecían a las alumnas la posibilidad de impartir catecismo a los niños del barrio de La Torrassa. En esos días la adolescente Marianella encontró por primera vez la mirada de quien padece hambre y frío, los rostros de los niños de la calle y de los adultos marcados por la pobreza. A partir de ese momento, sus ojos no buscarían nada más.

Al regresar a casa, durante sus años en la Acción Católica universitaria, comenzó a trabajar en La Fosa, un barrio de cha-

DE GRAZIA VILLA.

Abogada pro Derechos Humanos

*Defensora de los oprimidos,
fue asesinada el 13 de marzo
de 1983 en El Salvador.
Una historia paralela
a la de Óscar Romero*

bolas donde sus habitantes padecían la pobreza y la precariedad. Marianella se preguntaba por qué en un país tan católico podían existir semejantes formas de injusticia y marginación. Su reflexión la llevó a organizar grupos universitarios de lectura del Evangelio para comprender la urgencia de “la elección preferencial por los pobres” a partir de los documentos conciliares, de los textos de la teología de la liberación y de las conclusiones de la histórica Conferencia del Episcopado Latinoamericano en Medellín en 1968.

La pasión por los estudios jurídicos, por la filosofía del Derecho y por la política activa, la llevaron a convertirse en abogada de la Asistencia Jurídica de la diócesis de San Salvador, la diócesis de Óscar Arnulfo Romero. Después fundó y presidió la Comisión de Derechos Humanos y participó

en la Democracia Cristiana Salvadoreña. Pero se desvinculó de este partido que, desde el poder, inició una campaña de persecución. Marianella fundó con María Paula Pérez el Movimiento campesino de mujeres demócratas cristianas. Las dos mujeres se dedicaban a visitar a las campesinas en lugares remotos. Con ellas leían la Biblia, celebraban la Palabra y analizaban la realidad, tratando así de organizar una red de comunidades y familias comprometidas con la defensa de sus derechos.

Marianella ayudaba “a identificar las cosas, a reconocerlas, a aceptarlas y a combatir las para saber que, más allá de la verja del jardín, la montaña, el río o el mar, hay otros hombres que hablan con las mismas palabras que las suyas, aunque con un idioma diferente; para saber que se puede establecer un puente entre estos idiomas, un canal de amistad y solidaridad”, (**Linda Bimbi**, *Il Margine*, 1984). Vivía la fe con “una pasión casi mística por el hombre, una verdadera encarnación del amor”.

A partir de este rico bagaje de espiritualidad encarnada, nació y creció su especial amistad con el entonces arzobispo, y hoy santo, **Óscar Arnulfo Romero**.

Cada semana Marianella aliviaba su carga en Romero a quien relataba lo que había visto, las historias, las heridas, las

EL BOSQUE SILENCIOSO



El desafío para tres mujeres en la Comisión Covid

DE ELISA CALES SI

Pensando sobre ello, la conclusión es que solo podían ser mujeres. En situaciones de crisis, las mujeres saben ponerse en primera línea con claridad y determinación. No sorprende encontrarlas en el corazón de la COVID-19 Vatican Commission creada por el Papa

Francisco en marzo de 2020 para reflexionar sobre los desafíos socioeconómicos y culturales que seguirán a la pandemia y proponer ideas para abordarlos. Las elegidas son tres mujeres jóvenes.

Marcela Chapa, **Marianna Beltrami** y **Josefina Mas** forman parte del equipo del padre **Augusto Zampini**, secretario adjunto que coordina la comisión presidida

Misión imposible

por el cardenal **Peter Turkson** (el otro secretario es monseñor **Bruno-Marie Duffé**). Su sola presencia habla del desafío de la comisión: encontrar nuevas respuestas a nuevas preguntas.

Sus currícula son interesantes. La directora Marcela, de 32 años, de México, estudió relaciones internacionales y economía socioecológica en México, donde fue profesora universitaria. Cuando la contactaron estaba en Viena, realizando un máster en economía y política socioecológica. Marianna, de 30 años, es italiana (de Trento). Josefina, de 22 años, de origen argentino, estudiaba en Roma. Fruto de una cuidadosa selección, pasaron tres entrevistas individuales, pruebas

orales y escritas y entrevistas con consultores internacionales. Todas hablan al menos tres idiomas. Y en la oficina cambian constantemente de uno a otro.

La presencia de mujeres en la Comisión COVID-19 no se limita a la secretaría. A la cabeza de tres de los cuatro grupos de trabajo coordinados hay mujeres: **Alessandra Smerilli** de Economía, **Chiara Martinelli** y **Jacqui Remond** de Ecología, y **Carol Keehan** de Salud. Y cinco mujeres asisten a las coordinadoras.

Detrás de estas elecciones está él, Zampini, de cincuenta años y argentino de Buenos Aires. El sacerdote es además un abogado especialista en Derecho bancario y financiero, de brillante carrera



torturas y los datos que después el arzobispo traducían en las poderosas frases que jalonaban su predicación. Ella le acercaba esos rostros que captaba a través del objetivo de su cámara, su fiel instrumento con el que denunció y probó la violación de los derechos humanos. “Rostros de campesinos sin tierra, ultrajados por las fuerzas armadas y por el poder. Rostros de trabajadores despedidos sin motivo, rostros de ancianos, rostros de marginados, rostros de niños pobres que desde pequeños comienzan a sentir las crueles garras de la injusticia social”, (homilía de Romero). En manos de este pastor pone también su dolor, el agotamiento de seguir en la lucha después de haber visto morir a sus amigos y amigas, la rabia tras sus detenciones y su trágico silencio tras haber sido víctima de la violencia sexual. Ante la terrible historia de su violación, Romero estalla en llanto y sus inesperadas lágrimas logran apaciguar el odio y transformar el deseo de venganza en una ocasión más para la cruda denuncia de la abogada Marianella.

“Violar a una mujer está considerado como una señal de virilidad. Quien no lo hace con una mujer capturada, quien la respeta, recibe burlas, es ridiculizado y se le califica de impotente. Son los mismos superiores quienes inculcan estas ideas, mezcla de ignorancia y machismo, en sus subordinados. Esta violencia que siempre ha existido se convierte así en una práctica habitual e institucionalizada entre las fuerzas de seguridad y el ejército”, (entrevista a Marianella y sus hermanos, por Linda Bimbi y **Raniero La Valle**).

El 24 de marzo de 1980 esta santa amistad pareció interrumpirse cuando Romero fue asesinado, tal y como él mismo había temido. El arzobispo se encontró a merced de sus verdugos, indefenso a pesar de los recursos ante tribunales nacionales e internacionales, las investigaciones abiertas por organismos y asociaciones de derechos humanos, las visitas al Vaticano para informar de la situación, y los viajes de Marianella por Europa y Norteamérica con el mismo objetivo. La sentencia se eje-

cutó, “un obispo debe morir”, y así sucedió. Fue a manos de un sicario. Fue solo un adiós a la amistad terrena, porque en el mismo mes de marzo, mes de los idus, de tres años después Marianella se encontró con su hermano obispo y las compañeras del martirologio de El Salvador. El 13 de marzo de 1983 un comunicado de prensa informó de que en un tiroteo cayó “la terrorista Marianella García”. La única arma encontrada a la guerrillera pacifista es la cámara que la acompañó en su búsqueda de la verdad, esa verdad “esplendor de la realidad” de su amada **Simone Weil**. Esa realidad maestra de vida y de muerte, con su dureza, su injusticia, su lado negativo y oscuro, el de los cadáveres; una realidad que sin embargo se transforma en fuente de sabiduría o, como diría hoy la teóloga **Antonietta Potente**, en “místicapolítica”.

“El gran desafío que nos propone la Historia es el esfuerzo de ser capaces de distanciarnos de esta realidad y de cuestionarla, de interrogarnos a nosotros mismos con el fin de encontrar las respuestas profundas, no las superficiales. Así pasaremos de una conciencia ingenua a una conciencia crítica, así iremos a la raíz de los hechos, nuestra visión se hará más completa y seremos capaces de comprender las causas y, más allá de las contradicciones, hacer de lo cotidiano un hecho histórico. Esto es la sabiduría”, escribió en 1981.

Este es el legado de la peligrosa memoria de una mujer que hizo y aún hace historia.

jurídica. A los 35 años, ingresó en el seminario. “El padre Augusto no tiene ningún problema si la mejor candidata para su equipo es una mujer”, comenta Marcela.

Su trabajo, en la primera fase, fue de recopilación de documentos y coordinación con los socios internacionales involucrados en la comisión. Ahora han pasado a la fase de proyectos. La tarea de la secretaria es mantener unidos los distintos grupos de trabajo, *task force*, *think-tank*, en muchas ocasiones haciendo encaje de bolillos entre distintas zonas horarias y diferentes idiomas. Una tarea complicada, pero como explica Marcela, “un reto apasionante porque estamos en un momento de cambio profundo, tanto para el mundo como para la Iglesia”. Su misma existencia es la primera novedad. “Estamos en un am-

biente históricamente masculino, pero la comisión fue creada con un propósito muy específico. Y esto nos ayuda. Así como ayuda el liderazgo de Augusto, quien valora la competencia profesional. Cuando tenemos que hacer una consulta teológica, pregunta a teólogos”, explica Marcela.

Su oficina está ubicada en el Trastevere. Una habitación, tres escritorios, mezcla de idiomas. En este momento los esfuerzos están centrados en la vacuna. El Papa ha pedido que sea universalmente accesible y gratuita. Otros proyectos tienen que ver con la seguridad alimentaria, la investigación sobre la deuda externa y las reflexiones y los debates sobre la encíclica *Laudato Si'*.

Es un trabajo que involucra a cientos de personas en todo el mundo. Marcela explica que

“la Comisión no tiene miedo de arrimar el hombro. Estamos en contacto con decenas de universidades y centros de investigación, incluso fuera de la red eclesial”. El “Grupo 2”, liderado por Augusto, tiene como misión el desarrollo de ideas. “Analizamos las necesidades que surgen gradualmente y tratar de dar las mejores respuestas”. Entre jornada y jornada de trabajo ha nacido una amistad cimentada por la conciencia de trabajar por una misma misión. “Creemos en el sueño del Papa Francisco”, explica Marcela. Marianna, que había vivido en Inglaterra desde 2014, regresó a casa por el confinamiento. “De pronto me encontré aquí viendo de primera mano qué se puede cambiar, no solo en la Iglesia, sino en el mundo; es una experiencia única, emocionante y alentadora,

porque te das cuenta de que el cambio es posible”.

El objetivo “es hacer mirar hacia adelante yendo a la raíz de los males que esta pandemia ha sacado a la superficie”, asegura Marcela. Porque, recuerda Marianna, “como dijo el Papa, después de una crisis no podemos quedarnos como antes. O salimos mejores, o salimos peores”. Josefina, la más joven, todavía se emociona: “A veces, casi no puedo creer que esté aquí por las personas con las que estoy en contacto, por las que nos encontramos todos los días y por la misión que tenemos”.

La Comisión debía terminar su compromiso el verano pasado. Pero el ritmo de la pandemia ha prolongado su trabajo. No hay, por ahora, una fecha límite. “Trabajamos día a día”.



Universidad Pontificia de Salamanca

UNIVERSIDAD DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Comprometidos con un futuro excelente



www.upsa.es

Universidad patrocinadora de este suplemento